

# Un aurreku en Bilbao en 1842

La «mala costumbre» de curiosear allí donde haya libros me puso en las manos un folleto que es el que dicta este artículo. Lo encontré en casa del amigo José María de Uzelai, de Busturia, pintor de nota, que reside en su casa de Chirapozu, en la que se puede ver una bonita colección de lozas, patrimonio de la casa, del siglo XVIII, en que vivieron sus antepasados.

Este folleto se titula "*FRAY GERUNDIO... Capillada extraordinaria. Bilbao, 24 de Agosto de 1842*". Es un folleto editado en Bilbao: Imp. de Larumbe, 1842. Su medida es de 17 x 11; de 24 páginas, cuya división por temas es: SIN PERJUICIO (1-2) / BILBAO EN 36 Y BILBAO EN 42 (2-8) / LAS ROMERIAS (8-18) / BAÑOS DE MAR (18-24).

A pesar de nuestras pesquisas y las de amigos competentes, no lo vemos citado ni en Hartzenbusch, ni en Palau, ni en Cejador, ni en las bibliografías de Vinson, Sorrain y Allende Salazar. ¿Lo daremos como desconocido por los bibliófilos? ¿Existirán más ejemplares (seguramente) en casas de abolengo, en que el amor a los libros fué una tradición? Quien sabe. Sin esperar a conocer la existencia de otros ejemplares, transcribo lo relativo a las romerías vascas de aquella época del 42. Se ve que el observador se daba cuenta exacta de lo que tenía delante y lo transcribía con fidelidad. Hace alusión clara, aunque sin el nombre con que en otro lugar he visto transcrita esta costumbre, a las «culadas» y lo hace con estilo gracioso.

Al hablar de los baños dice «grupos de hombres y mugeres mezclados, algunos de ellos dispuestos en rueda a guisa de quien va a bailar una *bolanchera*». No sé si el autor de esta «capillada» se refiere a este baile como cosa del país vasco o del suyo. No lo he encontrado en mis pesquisas por esta parte del país vasco.



En la revista GURE HERRIA, en el n.º de Julio-Septiembre de 1937, publiqué una melodía del baile KATADERA DANTZA, cuya música es idéntica, salvo algunas variantes, a la danza LA BOU-LANGÈRE francesa, cuya letra es: «La boulangère a des écus / qui ne lui coûtent guère / Elle en a, je les ai vus; / J'ai vu la boulangère aux écus, / J'ai vu la boulangère». Los versos son de: *l'épiciier-poète Gallet*. Este poeta adaptó sus versos a una melodía conocida en su tiempo, pues se la encuentra en un libro RONDES ET CHANSONS A DANSER, publicado en 1724. (Cfr. Nouveau Larousse-Augé, tomo II, pág. 206, palabra: Boulangère).

A Fray Gerundio le choca un poco el modo de bañarse de aquella época. Por la ausencia de casetas en que desnudarse. Señala la costumbre, que todos hemos conocido, de santiguarse al entrar en el agua «mojando los dedos en la espumosa agua de la primera ola».

Fray Gerundio señala también la presencia de «multitud de ciegos con rabeles y panderetas (que) sostienen infinidad de secciones de *bailes cortos*». ¿Ciegos extraños al país? Si así fuera, podría explicarse la posible intromisión, en nuestro Cancionero popular, de melodías conocidas en otras regiones de España.

Creemos que los lectores de la revista seguirán con agrado la descripción de Fray Gerundio relativa a nuestra danza clásica. Todo el folletito respira gracia algo picaresca, que divierte y no hiera.

He aquí el texto de la descripción:

## L A S R O M E R I A S

...a esas romerías que hacen el encanto de los vizcaínos y constituyen uno de sus predilectos placeres.

Ya se oye el ruido del tamboril de un solo palillo, acompañado de los dulces sonos del silvo de tres agujeros (sic). El tamboriero a semejanza del Dios Pan en los bosques de la Arcadia, se coloca al asomar la aurora en un campo poblado de robles y castaños, y hace resonar los aires con el toque de la alborada. El tamboril es el talismán que conmueve y entusiasma y agita a los Faunos y Nereidas de los valles y montañas de Vizcaya. Al ruido del tamboril no hay pseudo-ninfa que no se sienta ins-



pirada del furor de danzar, a la manera de las Wilis en el país de los Slavos; y, las niñeras y nodrizas dan a sus parvulitos lecciones prácticas de bailes meciéndolos a compás a guisa de maniquies.

Antes de saber andar se enseña ya a bailar a los vizcaínos.

Al ruido del tamboril salen de sus rústicos caseríos y se desprenden de las empinadas crestas de los montes mil aldeanas, que, con sus aseados vestidos, sus largas cabelleras partidas en dos trenzas, sus pañuelos de color a la cabeza si son solteras, o sus blanquísimas *sabanillas* si son casadas, sus piernas desnudas y sus pies descalzos, con los zapatos en la cabeza y los ojos en los pies, se deslizan en todas direcciones por las ásperas y estrechas sendas que conducen al campo de la danza. De noche o de día, solas o acompañadas, estas Driadas vizcaínas atraviesan impávidas los altos cerros y los estrechos valles.

Las lindas *dueñas* (que esta denominación se da aquí a las jóvenes doncellas que sirven a las clases acomodadas en las grandes poblaciones) acuden en grupos en las primeras horas de la tarde con sus vestidos blancos como el ampo de la nieve. No hay para ellas camino escabroso ni senda intratable.

Me preguntábais acaso por aquellos jóvenes bilbaínos de que hablé en mi artículo anterior? Os digo (sic) que no tardaría en encontrarlos, y aquí los tenéis. Vedlos. Vedlos en las romerías en alegre y placentera sociabilidad. Ya no son desdeñosos y esquivos; son galantes y tiernos; están en la romería.

El baile va a dar principio. La autoridad municipal del pueblo se sienta en un banco rústico a presidir la fiesta. El alguacil clava en la tierra el chuzo de tres puntas, paladion del orden y signo del respeto que se debe a la autoridad. El campo está cubierto de gentes que esperan la señal de la danza; y yo Fr. Gerundio apoyado en el tronco de un castaño, saco mi caja, tomo un polvo, y me preparo á ser espectador de las costumbres *simples y patriarcales* de los hermanos vizcaínos. El tamborilero da la señal, y como por encanto se forman instantáneamente cien grupos de bulliciosas Tersícores (sic) que por el entusiasmo con que principian el ejercicio tripúdico indican lo que esperarse puede cuando las oleadas del baile llegan a la pleamar.

Yo había visto ya diferentes veces bailar el *aurresku* o *zorrico* en Guipuzcoa, principalmente en las fiestas de S. Ignacio de Loyola en Azpeitia, cuyo país por la belleza de sus mugeres (sic) es tenido por la Circasia de las provincias vascongadas. Así es que cuando vi a un joven acercarse al alcalde como a ha-



blarle respetuosamente de algún grave negocio, ya supuse que era con el objeto de pedirle permiso para poner el *aurrescu*.

En efecto, a los dos minutos se presentó en el corro una cadena de jóvenes, varones todos, entrelazados por las manos, ni mas ni menos que si á electrizarse fueran, y formando un semi-círculo, o un arco de mas o menos grados. El que hace de primer eslabón de aquella cadena es el que dirige el baile, el que salta, el que se deshace en mil compasadas piruetas, el que con toda su alma y todo su cuerpo ejecuta mil caprichosas variaciones, pero con tanta circunspección y gravedad en el rostro como alegría y jovialidad en las piernas. Los demás no hacen mas que pasear cuando él pasea, y pararse cuando él ejecuta las cabriolas, escepto (sic) el último que juguetea también algún tanto cuando cesa el primero. Son los diputados generales de aquella asamblea foral; pero el primero goza de más preeminencia, y en aquel caso no se cambiaría por el corregidor de Vizcaya.

A una señal del tamborilero el primero da sus poderes verbales a dos individuos de la junta, y los envía en clase de comisionados regios a buscarle la pareja que les señala. Estos dos apoderados se dirijen (sic) a la escogida y con el más profundo respeto le comunican haber sido la favorecida del diputado de primer voto; y la llevan en medio por detrás de la cadena de jóvenes, hasta que al primer representante le viene en antojo recibir con toda solemnidad a su electa pareja. Entonces se convierte hacia ella, ejecuta mil y mil pasos bailables, y con una profunda cortesía le indica el estar en el goce de los imprescindibles derechos que se ha dignado trasmitirle (sic).

En seguida los dos procuradores generales reciben el voto electoral del diputado *a parte post*, comunican oficialmente el acto verbal de elección a la segunda pareja, é incorporado que la hayan a su poderante, todos los demás quedan ya en la mas completa y absoluta libertad de buscar pareja que mas les acomode: la rueda se deshace, el baile es libre, el campo se plaga de bailadores, que se dividen en secciones o grupos, y empieza el alegre fandango.

La igualdad es absoluta: la dueña del vestido blanco y la casera de las desnudas piernas; la señorita de elegante capota y la mozueta que pregona por las calles "*sardiña frescua!*"; el comerciante que está esperando una fragata de New York, y el labriego que suspendió el ejercicio de la esteba (sic) para acudir a la romería; el abogado que estuvo despachando espedientes (sic) hasta las doce y el marinero que le pasó en la lancha del



otro lado de la ría; el cabo del 9.º de línea que defiende la Constitución, y el ex-sargento del 1.º de Vizcaya que se batió con él en la peña de Orduña, todos bailan en fraternal mescolanza, y en *pèle-mêle* mas libre y mas democrático que concebirse puede.

La animación del baile crece por grados. Aunque haya muchas dueñas, ninguna es melindrosa ni dolorida; melindres y dolores desaparecen. La fragata de New York no ocupa ya la memoria del comerciante, que mas que en géneros ultramarinos piensa entonces en cambios de letras sobre el país. El abogado en lugar de cuidarse de litigios procura por el contrario hacer amistosas avenencias. El marinero cuando más arrecia la borrasca más vela despliega, y sin encomendarse a Dios ni a San Telmo navega a todo trapo, y preferiría naufragar en aquel piélago a volver a la monotonía de la calma. La habitadora del bosque se encuentra bien familiarizada con la sociedad, y el cabo de las tropas constitucionales y el ex-sargento de los carlistas siguen ambos la bandera tricolor que ondea en el castillo de una graciosa provinciana, con quien harían un gustoso convenio si supieran hallarla dispuesta a repetir el abrazo de Vergara.

Mas por animado que sea el fandango, no lo es tanto como el *arin-arin* (baile vivo), tercera y última parte del *aurresku* o *zorricico*. Aquí es donde las oleadas llegan a la plea-mar, sin atreverme a decir si es oleage de aguas vivas o muertas, por ser en esto todavía poco conocedor. Lo cierto es que hallandome yo Fr Gerundio en lo más entretenido de mis observaciones, di con mi reverenda humanidad en tierra: una de las vestales del blanco cendal se me había acercado y sacudido con sus postrimerías tan recio ósculo, que me hizo perder el equilibrio y acostarme en el campo contra mis intenciones. «Oiga V. hermana, dije levantandome: son estas las costumbres patriarcales que VV. llaman? A fe que yo no he leído ni pienso que en tiempo de nuestro padre Abraham se usaran estas insinuaciones de cariño por conductos tan irregulares».

Pero bien pronto se convirtió mi enfado en alegre risa cuando ví que iguales demostraciones hacían a cuantos al paso encontraban, de cualquier clase y calidad que fuesen. ¡Desgraciado el místico que se halle anclado y desprevenido cerca de aquel agitado mar! Cada fragata que pase, cada goleta que por allí surque, le acometerá por la popa, y sentirá tal sacudimiento que sino le echan a pique, se verá al menos cien veces en peligro de ello, y le harían fluctuar. No hay nadie que se exima de estas intimaciones: no se reconoce privilegio ni fuero, categoría



ni condición: al noble como al plebeyo, al capitán general como al gefe (sic) político, si le alcanza la postdata de una robusta aldeana con sandalias de cuero adobado, o la de una ciudadana de zapato de seda de las que no necesitan de *polizon*, tiene que sufrir pacientemente el sacudimiento, sin que a evitarlo alcance la autoridad civil, militar ni política, porque es de fuero y de buen uso y costumbre inmemorial reconocida y admitida en el país, salva siempre la unidad constitucional de la monarquía.

Los naturales y prácticos del país ya procuran no dejar sin correspondencia tan espresivas (sic) demostraciones; y empeñanse a veces recios y divertidos combates entre hombre y muger (sic), que asidos de la mano se miran, se preparan, se vuelven de costado, se dan la señal de la pelea, y se chocan simultáneamente, bien así como si en embravecida mar se encontrasen impulsadas por contrarias olas las popas de dos buques de guerra, que a la furia de su choque se conmoviera toda su tripulación y armadura; y repiten esta pelea dos y diez y más veces, porque esta es una de las delicias patriarcales que encuentran en sus danzas los hermanos y hermanas vizcaínas, siendo por lo común el resultado declararse la victoria por el sexo que en estos climas da pruebas de una impropiedad llamarle débil.

Entretanto la gresca crece, el movimiento arrecia, la marcialidad sube de punto, la confianza se generaliza, se intima la fraternidad, y animados todos de un espíritu de socialismo a que no ha alcanzado el mismo FOURIER con toda su TEORIA SOCIETARIA, las distancias se estrechan, las segundas filas se unen a las primeras, se forman graciosos diptongos, y... loadas sean las sencillas costumbres de los antiguos patriarcas; la malicia no era conocida entre ellos; los hermanos y las hermanas se abrazaban inocentemente como hijos todos de una gran familia, y a las demostraciones más tiernas de cariño presidía la más pura ingenuidad y candidez.

Al mismo tiempo al son del tamboril y del *chilibitu* o silbo se ejecuta el *baile largo*, multitud de ciegos con rabeles y panderetas sostienen infinidad de secciones de *bailes cortos*, que no por llamarse cortos son menos animados y duraderos. Lo cual unido a la muchedumbre de grupos que sentados a la sombra de los robles, *fusique per herbam*, como decía Virgilio, van despachando espedientes (sic) de fiambres y empanadas y evacuando botellas de clarete o de *chacolí*, hace las romerías vascogadas las más animadas que en parte alguna he visto, sin que por lo regular las acibare el postre de palos o navajadas



que en otros países suelen ponerles el finiquito, para lo cual basta y sobra el chuzo clavado que simboliza la autoridad; porque no hay en el mundo quien más respeto tenga a la autoridad que los vascongados: las bayonetas los irritarian: pacíficos y dociles de suyo, una demostración de fuerza armada la creerían, y con razón, ofensiva a su innata apacibilidad.

Al aproximarse la noche el presidente da la fiesta se levanta, empuña su cetro, manda al tamborilero batir toque de marcha, recorre el campo, y verifica el despejo sin encontrar de parte de nadie resistencia alguna: todos emprenden la retirada con la docilidad de unos corderos, y del foco de la reunión se derraman en tantos rayos divergentes cuantas son las sendas y caminos que al punto de partida de cada uno conducen. Los ecos del alegre *u-jú-jú* resuenan y se repiten por cerros, breñas y colinas en todas direcciones; y cuidando, cada cual de que no se despeñe por las escabrosas pendientes la que se sirvió darle la mano en el *aurreku*, se van a descansar tranquila y patriarcalmente de las fatigas y cansancio de la alegre romería. (Pág. 9 a 18).

Por la transcripción y notas

P. J. A. de DONOSTIA

P. S. Escritas las líneas anteriores me viene a la mano la descripción de la «culada» a que fr. Gerundio hace alusión en su pequeño folleto. Aparece en el libro de EDWARD BELL STEPHENS, Esq. de 1837, autor que participó en la primera guerra carlista, del siglo XIX (1).

Dice así, hablando de la plaza de Yurreta, junto a Durango.

«Fué un domingo y a las cuatro de la tarde. En un ángulo de aquella verde y reducida plaza, enfrente de la igle-

(1) EDWARD BELL STEPHENS, Esq. The-Basque provinces-Their-Political State, Scenery, and inhabitants: With - Adventures - Amongst the carlists and christinos - By - ..... - In tw volumes-vol. 1 -, London Whittaker and Co. Ave Maria Lane-1837.

Este autor vino a España como corresponsal del "Mornig Post". Llegó a Bayona el 13 de septiembre de 1836. Entre las varias descripciones que hace de paisajes, hechos, etc., está ésta de la CULADA que doy extractada, aunque lo suficientemente detallada por lo que hace a la diversión que Bell Stephens presencié. Debo la traducción a mi compañero el P. Diego de Abaigar.

Puede verse una nota bibliográfica acerca del autor y su libro en: JOSE MARIA AZCONA "Zumalacarregui - Fuentes Históricas - Madrid, 1946 - Instituto de Estudios Históricos, (páginas, 415-416).



sia, el alcalde de la aldea golpeó el suelo con su plateada jabalina. Al punto, un tamborrero acompañado de otro ejecutante, portador de un caramillo y tamboril, aparecieron en escena e iniciaron un movimiento lento y marcial, acentuando fuertemente el compás.

El alcalde era un personaje imponente, alto, delgado y serio. Iba adornado con un gorro de noche cónico y marrón, con un doblez de terciopelo; de una chaqueta del mismo color y capaz de contener holgadamente otro alcalde; calzón corto y medias negras de estambre. Por el contrario, el alguacil que le acompañaba era una autoridad regordeta, achaparrada y charlatana. Solamente en los dibujos de Don Quijote y Sancho Panza hallé tan marcado contraste. La jabalina era instrumento antiguo, de cinco piés de largura y doble punta de flecha, cuya sección formaba una cruz.

(Pág. 162)

Sonaba la música y una multitud de varones, mujeres y niños afluía a la plaza —un pentágono irregular— ceñida de casas con balconaje y de un magnífico pórtico elevado, que tenía la largura de la Iglesia.

(Pág. 163)

El tambor y el tamboril repetían con énfasis la marcha (pido dispensa por esta demora) y la aparición de una larga hilera de muchachas, caminando sobre el césped, trabadas las manos, dirigidas por la que iba en cabeza y conducía su cuadrilla de heroínas con un movimiento saltatorio, fué el primer signo de actividad.

(Pág. 163-164)

Todas ellas vestían de riguroso uniforme nacional: pulcros zapatos negros, medias blancas como la nieve, faldas más bien cortas, pequeños pañolones multicolores, blancos pañuelos de bolsillo; ni gorros, ni sombreros, ni tocas u otro tocado artificial: en su mayoría, el cabello recogido hacia atrás en una o dos largas trenzas que ondulaban de un lado a otro con elegancia.

Después de algunas evoluciones de estas damiselas por la plaza, la muchedumbre de varones, de pie y en cerrada columna, manifestó cierta impaciencia en aceptar el reto



de aquellas heroínas en revista. Los voluntarios se destacaron uno después de otro y penetraron en la fila, agarrando con cada mano una de las de sus oponentes, hasta que todos estuvieron primorosamente ajustados y se pusieron en marcha en una fila de doble longitud, en la que tan equilibrados eran los bandos opuestos, que sería difícil predecir por qué parte se inclinaría la victoria. Aquellas fuerzas, unidas y rivales, ejecutaron otro paseo al mismo compás. Cuando el Alcalde, en apariencia totalmente satisfecho de haberse formado una firme línea de batalla y de que todo estaba a punto para la acción, hizo una señal con su jabalina a la diminuta banda. Inmediatamente el tambor y el tamboril redoblaron un paso acelerado, que puso en movimiento con rapidez pavorosa y al rededor de un olmo en el centro de la plaza, a toda aquella cadena de vidas.

Inicióse ahora la batalla de buena fé y el secreto de la táctica comenzó a desenvolverse, ejecutado por «enemigos natos».

Sería difícil, sin diagramas, elevaciones, y descensos, explicar el asunto. Por lo tanto, viéndome limitado a definiciones y careciendo de algunos términos descriptivos, sólo puedo afirmar que los términos de combate observados por cada uno, con relación a los dos enemigos entre los que él o ella estaban colocados, consistían en sujetarse fuertemente con ambas manos, conservar el movimiento de aquella voráGINE «pas de charge» y, al mismo tiempo, descargar el mayor número posible de porrazos. La gracia y energía con que esta maniobra se ejecutaba era en verdad edificante para un extranjero como yo, que desconocía ciertamente la flexibilidad y resistencia de la constitución humana. Cada pareja de luchadores hacía girar al unísono sus manos entrelazadas cual si pretendiera arrojar una piedra con honda y alcanzada la velocidad necesaria, saltaban hacia adelante, girando al mismo tiempo en direcciones opuestas y se lanzaban el uno contra el otro «suaviter in modo et fortiter in re», de modo que no quedara duda sobre aquella impresión recíproca.

(Pág. 164-166)

Cada uno de aquellos héroes y heroínas está entre dos enemigos del sexo opuesto y se ve precisado a *repartirse* entre ambos.



Cambia el compás y comienza una rapidísima y viva melodía. Redobra su ritmo el tambor. Deshácese el anillo en un momento. Alzanse los brazos y cada uno, por separado, gira con locura. Unos se enfrentan con su pareja en una giga. Otros cruzan la plaza a la ventura.

Gritos de regocijo. Sonríe el olmo. Inicia alguien una danza inconveniente. La amplitud posterior de una moza regordeta le llama al orden...

Al ver el Alcalde aquella locura que subía de punto, hizo una señal al músico. Inicióse un movimiento lento, descendió el diapasón de aquella alegría alborotada. Comenzó el baile con el mismo ritmo lento del principio... Cesó la autorización de la CULADA.

(Pág. 166 ss.)

